

Campesino agroecológico: tierra, naturaleza y capitalismo: una aproximación Marxista¹

Agro-Ecological Peasants: Land, Nature, and capitalism: a Marxist Approximation

Por: Wilmar Lince Bohórquez¹ Karen Pulgarín Blandón²

Recibido: febrero de 2018 Revisado: junio de 2018 Aceptado julio de 2018

Resumen

Se establece una relación entre campesino y agroecología, como categorías de la sociología rural, tratando de aportar a un constructo que los unifique: el campesino-agroecológico. Esta gesta obliga dialogar con ambos conceptos y observar dos nódulos que se visualizan como principales: 1- la naturaleza y/o sus componentes y, 2- la relación de tensión campesino-capitalismo, nodos que los sujetos y los contextos que los entroncan y los pone en consonancia dando posibilidades de aportar en dicha construcción.

Palabras Clave. Concepto campesino; campesino agroecológico; relación campesino-naturaleza; economía campesina; relación campesino-capitalismo; marxismo.

Abstract

It establishes a relationship between peasants and agro-ecology, as categories of rural sociology, trying to contribute to a construct, which unifies them: the agro-ecological peasant. This feat obliges to dialogue with both concepts and to observe two nodules, which are visualized as main ones: 1- nature and/or its components and 2- the relation between peasant-capitalism tension, nodules that the subjects and the contexts, which connect and align them so that they may contribute to this construction.

Key Words. Peasant Concept; Agro-Ecological Peasant; Peasant-Nature Relationship; Peasant Economy; Peasant-Capitalism Relation; and Marxism.

¹ Sociólogo Universidad de Antioquia (UdeA);
Magister en Educación y Desarrollo Humano Cinde-Universidad de Manizales; estudiante de doctorado en Ciencias Sociales UdeA.

Contacto
wilmar.lince@udea.edu.co

² Socióloga Universidad de Antioquia (UdeA).
Estudiante Maestría en Ciencia Política. Integrante del Grupo de Investigación Redes y Actores Sociales, Facultad de Ciencias Sociales UdeA; Integrante de la línea de investigación Problemas Rurales y Ruralidades.

Contacto
karen.pulgarinblandon@gmail.com

El campesino agroecológico y lo rural

Entender lo rural y la ruralidad como conexión dialéctica, en sentido objetivo del movimiento estructura-superestructura (Marx, 1975, a), implica poner en niveles de simetría, continuidad y ruptura, lo económico, lo político y cultural (Haesbaert, 2011). Lo rural, en principio, hace alusión al espacio natural en el sentido físico, biológico y geográfico, allende de humanos (Lince, 2016) que, como lo enseñara Engels (1961), es condición pretérita, determinante, de la vida en su conjunto y, por ende, punto de partida de las evoluciones sociales y los grandes saltos de la sociedad como la agricultura, la creación de armas y la proliferación de gérmenes (Diamond, 1998); sin embargo, en la medida en que el ser humano “emprendió” un proceso evolutivo en sentido biológico y, paralelamente, social, lo natural “puro” se fue desvaneciendo, pues la propulsión de las, cada vez más sofisticadas, fuerzas productivas y la gradualidad ascendente de las formaciones económica-sociales, han copado aquella naturaleza y, parafraseando a Cuadros (2010), la ha cyborizado. En tal sentido, humano y naturaleza hacen parte de un mismo proceso, de un movimiento incesante que hibrida cultura y contexto, sociedad y naturaleza. La sociedad, como síntesis de los distintos momentos de evolución, implica, por ende, lo sacionatural (Galafasi, 1998), categoría central para el entendimiento de la dialéctica de la vida humana, de las relaciones y vínculos, del lugar que ocupamos en el mundo.

En esa triple dimensión económica, política y cultural mencionada por Hasbaert (2011) (utilizadas por este autor como síntesis de diversas corrientes para conceptualizar el territorio), se ubica, a su vez, el campesino. El campesino es un sujeto situado: fundamentalmente definido por habitar el campo y vincularse (casi que cohesionarse) en el trabajo material con la naturaleza y, a partir de allí, obtener su sustento (Lince, 2017).

El campesino -como concepto- al que nos aproximamos en esta síntesis investigativa, tiene prácticas productivas agroecológicas. Su misma condición le da un carácter especialmente intrincado con la naturaleza, pues su trabajo le supone tomar en cuenta los elementos bióticos y abióticos de su parcela o unidad agrícola, haciendo que los nexos con el espacio rural sean mucho más recurrentes y fuertes que otro tipo de campesinos (Hecht, 1999).

La tarea que nos proponemos es establecer una relación entre campesino y agroecología, como categorías de la sociología rural, tratando de aportar a un constructo que los unifique: el campesino-agroecológico. Esta gesta obliga dialogar con ambos conceptos y observar los nódulos que, tanto teórica como empíricamente (con los sujetos y los contextos que han hecho parte de la investigación), los entroncan, los pone en consonancia, da posibilidades de aportar a dicha construcción.

Se visualizan como principales: 1- la naturaleza y/o sus componentes y, 2- la relación de tensión campesino-capitalismo.

En la medida en que la agroecología -como categoría teórica y como apuesta práctica de algunos campesinos- aparece en la segunda mitad del siglo XX, optamos por aproximarnos

al concepto campesino a partir de algunas problematizaciones epistemo-teóricas de este, cercanas a ese período cuando la agroecología, como se mencionó, irrumpe en la vida campesina, las ciencias agrarias y las ciencias sociales; luego, se tratarán conceptualizaciones más contemporáneas y, cómo ya se relató, se conectarán los nodos articulantes.

Una aproximación al campesino y su relación con la naturaleza

Una visión inicial predominante para conceptualizar y, al tiempo, ubicar espacialmente al campesino conduce, de un lado, a lo tradicional y, de otro, a lo alejado de la modernización, los marginados de las huellas de las revoluciones industriales y culturales (Smith, 1940) (Sorokin & Zimmerman, 1929). Para Kroeber (1948) el campesino se define, esencialmente, por las distintas formas de relación con la tierra, para ser precisos, por la producción que se genera como resultado de trabajar y modificarla vía agricultura o agroproducción; esto, a la larga, se ubica por encima de los inevitables nexos con el mercado y las seducciones modernas, pues lo comunitario agrario le da el carácter campesino y define su identidad. En este sentido, este antropólogo norteamericano hace énfasis en un aspecto de la naturaleza, la tierra, para conceptualizar al campesino; con ello, se ubica en la tradición más convencional de las teorizaciones sobre esta arista del

conocimiento, dándonos pistas de cuán importante ha sido el contexto para marcar los rasgos distintivos de aquel sujeto, en apariencia, marginado de las luminarias de las revoluciones científicas y tecnológicas burguesas desde el siglo XVI en Europa.

Redfield (1956) vendrá a plantear que el campesino está condicionado y definido por las dinámicas globales del mundo capitalista y que sus leyes, a la larga, rigen los destinos de este sujeto, por más que se encuentre, en apariencia, confinado en las lejanías de lo rural. A decir verdad, Redfield, como Kroeber, le confiere suma importancia a la tierra como medio de vida y de producción, no se desliga de allí para darle sentido al concepto y termina atribuyéndole a la actividad agroproductiva la principal característica del campesino.

En relación cercana con los dos autores anteriormente citados, Saul y Woods (1979) van a decir que

Los campesinos son individuos cuya seguridad y subsistencia reside en última instancia en la tenencia de ciertos derechos sobre la tierra y en la mano de obra de miembros de la familia aplicada a la tierra, pero que están comprendidos, a través de derechos y obligaciones, en un sistema económico más amplio que incluye la participación de no campesinos. (p.93)

Dos pequeñas pero importantes variables van a ser consideradas aquí:

-En primer lugar, además del trabajo sobre la tierra ya mencionado, se imprime el problema del “derecho” para hacer uso de esta; tal hecho obliga una mirada de corte más amplio y complejo, en la medida en que, como tal

derecho, necesariamente pasa por el cedazo de relaciones de clase que, a su vez, están asociadas, quíerese o no, al problema y disputa de la propiedad sobre los medios de producción y el Estado en sociedad capitalista (Marx, 1975, b).

- En segundo lugar, sitúa el trabajo en consonancia con la familia, el mercado y la vida no campesina; ante esto, en proyección al problema del campesino agroecológico, es interesante poner en discusión que, probablemente, para aportar a esta categoría, sea necesario tener en cuenta todos estos aspectos, dado que la agroecología, como la ruralidad en general, no se desarrolla al margen del mundo capitalista; podría decirse, de hecho, que es todo lo contrario: el mundo rural y las prácticas de ruralidad terminan siendo un híbrido entre el campo tradicional y lo moderno capitalista, en las antípodas de una presunta bipolaridad o yuxtaposición entre una y otra.

A contracorriente de lo planteado por Franklin (1979), las comunidades de campesinos-trabajadores sí pueden persistir a pesar de los cambios sociológicos que los avances del capitalismo generan en las comunidades rurales. Una de las razones principales para ello es que, aunque se modifique de forma y de fondo la relación campesino-naturaleza, en la medida en que el capitalismo requiere del resultado final de dicha relación, esta no se rompe cabalmente, sino que, tan solo, se redefine. El campesino existe como correlato del modo capitalista de producción, su desaparición cabal sería, al tiempo, la desaparición del capitalismo.

Por su parte, Wolf (1971) propone que las sociedades campesinas no son amorfas o sin

estructuras, sino que se han clasificado como tradicionales, en esencia, por sus prácticas productivas asociadas a la precariedad de sus medios de producción y al distanciamiento (por momentos dislocamiento) respecto al centro de reproducción del capital, cercana a la perspectiva teórica sugerida, posteriormente, por Wallerstein (2005) respecto a las emanaciones de poder y riquezas desde el centro hacia las marginalidades del mundo. Las comunidades primitivas, para Wolf, se diferencian de las sociedades campesinas en la medida en que, lo producido, está destinado, primordialmente, al autoconsumo y al intercambio directo (sin que medie dinero); en contraposición, en los campesinos (agricultores y ganaderos) predomina la generación simple de excedentes (sin constituirse allí, necesariamente, reproducción de capital) que ceden, en compra y venta de mercancías, a un grupo dominante, el mismo que garantiza la distribución y comercialización de los productos a quienes no labran la tierra, en especial, a los ciudadanos.

El proceso a través del cual el capitalismo irrumpe con su horda económica y cultural en los territorios tradicionales, va a ser denominado civilización (Guizot, 1990), (Elías, 2009). Esto permite entender que el campesino es hechura misma del proceso civilizatorio, de la modernidad y la modernización que advienen con los vientos de fuelle del capitalismo: el reflejo más preciso de la simbiosis moderno-tradicional tiene lugar en lo rural, puntualmente, con el campesino, pero todavía más agudamente, en la relación campesino-naturaleza.

Con la rueda del capitalismo atizando caminos, el campesino está obligado a mantener un equilibrio entre sus necesidades y las exigencias

impuestas por agentes externos a su unidad económica, es decir, se ve compelido a responder tanto a lo que su ser comunitario y rural le predispone, como a las leyes inmanentes del mercado capitalista; de esta forma, se entiende el planteamiento de Wolf (1971) en el sentido en que la existencia del campesino está determinada por ese cruce incesante de lo tradicional y lo moderno, lo rural y lo industrial, al que se ve abocado para la pervivencia y continuidad de su clase en el entorno natural-rural.

Shanin (1979), retomando algunas de las consideraciones de Wolf, expone que la característica principal de los campesinos es la integración de la vida familiar a su actividad productiva, constituyéndose en el núcleo central de la sociedad campesina. La familia aporta la mano de obra para labrar la tierra, generando bienes de consumo básicos, más los impuestos y las contribuciones a quienes detentan cargos más altos (comunitarios y estatales). Reconociendo que varios integrantes del grupo familiar se inmiscuyen directamente en las actividades productivas, su labor no se limita a este campo: las tareas domésticas son, sin lugar a duda, igual de importantes para garantizar unas condiciones mínimas para habitar y transformar su entorno natural. Esta valiosísima precisión de Shanin, incrustada en el flujo teórico de la mencionada convivencia tradicional-moderno, permite comprender que, en el campo, los trabajos no sólo son útiles por su concreción en valores de uso (como el trabajo de las mujeres en la cocina y similares) o valores de cambio, sino porque, todos ellos, obligan un fuerte entrelazamiento con la naturaleza rural.

A Chayanov (1974), en los linderos de lo que refiere Shanin, se le dificulta concebir al

campesino sin familia o al margen de su núcleo familiar. Para este activo intelectual ruso - economista agrario para más señas-, la economía campesina depende, predominantemente, de la organización familiar para el trabajo, pues es allí donde se pueden tener claras las demandas de consumo, la distribución de tareas y la cantidad de mano de obra activa, acorde o no, a la unidad agrícola. Con lo anterior como telón de fondo, a Chayanov le asalta la pregunta por las similitudes y diferencias, cercanías y distanciamientos, entre la economía campesina y la capitalista, reconociendo, como todos los que hemos citado hasta aquí, que no es posible entender el campo y el campesino sin tomar en cuenta el modo producción dominante. Para Chayanov (1974), la principal diferencia reside en que la economía campesina funciona con trabajo no asalariado, sin jornadas de trabajo en sentido estricto, con alta participación familiar, de cierta forma, en la sinergia de la perspectiva teórica marxista de la existencia de un proceso de trabajo sin que ello desemboque en proceso de valorización (Marx, 1975c), es decir, sin que el trabajo se convierta en fuerza de trabajo, o en una más de las mercancías que se mueven en el circuito económico.

Krantz (1977) no se desprende de la tierra en su propósito de entablar discusión con el concepto. Para este autor, el campesino se caracteriza porque su conexión con la naturaleza se da a través de la tierra con una característica esencial: la tierra para el campesino opera, al tiempo, como medio de producción y objeto de trabajo (Marx, 1975d), obteniendo de ella la subsistencia directa (autoconsumo) e, implícitamente, lo conexión con el sistema capitalista como resultado final de dicho trabajo (productos canjeables,

mercancías). Una total paradoja sólo explicable por los recovecos oscuros de la generación de capital y plusvalía en la sociedad moderna que no ha destruido a cabalidad sus cenizas precapitalistas: sin constituirse valor en la fase de producción (al no haberse intercambiado el trabajo por salario) el circuito económico sigue su curso y, más adelante, el producto generado por el trabajo va a cobrar vida como mercancía, reapareciendo en él todo el trabajo socialmente necesario sin que el capitalista (propietario de medios de producción o comerciante) haya tenido que pagar por ello, librándose, de este modo, de la parte variable del capital. Además del papel que cumple la tierra, para Krantz (1977), al igual que para Chayanov y Shanin, la existencia del campesino está dada por su condición familiar: campesino y economía campesina son, de cierto modo, dos caras de la misma moneda.

En esta última predominará el trabajo familiar, aunque, según este autor, eventualmente puedan emplear mano de obra externa. El campesino tiene control práctico sobre los medios –en especial la tierra, siendo un hecho secundario si son o no de su propiedad–, la producción, el tiempo y la cantidad de trabajo (1977), a partir de lo cual se entiende por qué Krantz es enfático en definir un campesino situado, de contexto rural, que depende de la transformación de dicho contexto para su subsistencia, de trabajar la tierra. Con base en todo lo anterior, Krantz (1977) retomará de Marx (1975e) la categoría superexplotación para aludir el hecho de que, en el engranaje de la formación social capitalista, la pervivencia de la economía campesina (pero también las formas de aparcería, arrendamientos, comodatos) ha apalancado la ampliación de la ganancia (en realidad una superganancia) a

costa del trabajo, las formas de producción tradicional y la vida rural-campesina. Por ello, Krantz no solo se detiene en el campesino como sujeto en sí o en la economía campesina en el sentido que se viene describiendo, sino que expresa la heterogeneidad del campesino como campesinado, es decir, en tanto clase que, “como categoría social, se encuentra en una situación de explotación respecto a las clases dominantes de la sociedad” (p.92), lo cual reposa, estructuralmente hablando, en la explicación teórica dada líneas arriba: sin valorizar el trabajo campesino se crean mercancías, en sincronía con un modo de producción que hace concomitantes, en lugares y tiempos, capitalismo y precapitalismo.

Ahora bien, si se encuentra subordinado por una clase dominante y, a su vez, su existencia como campesino depende de la relación directa con la tierra, la inferencia lógica es que la tierra que le permite subsistir y anexarse al mercado, está subordinada por los poderes del capital: ¡el campesino sólo puede ser un sujeto superexplotado a condición de la superexplotación de la tierra!

No se está limitando la conceptualización de campesino a su relación con la tierra; por ahora, se retoma de este modo para que sea acorde con la forma en que los autores lo abordan. La posición al respecto es que el campesino es tal en su relación con la naturaleza, en sentido ampliado, y no sólo con la tierra y la actividad productiva.

Hasta aquí, el grupo de autores abordados coinciden en que el campesino está supeditado al sistema capitalista, en tanto este condiciona la sobrevivencia de las familias de la siguiente manera: una vez obtenido lo necesario para suplir las necesidades básicas, entran en juego

las leyes (necesidad) del mercado capitalista, que giran alrededor de la obtención desmedida de ganancia; en este sentido, es el capital y no la libre voluntad del campesino lo que determina, en última instancia, las condiciones en las que sobreviven, trabajan y se relacionan con la tierra y la naturaleza. Sin importar el grado de conciencia frente a este hecho o el lugar que ocupa el territorio y la naturaleza rural para quienes rigen los destinos de la obtención de ganancia y plusvalía, desde lo presentado por estos autores, todos concuerdan en que la tierra juega el principal papel.

Con Diamond (1998), pudo verse que tierra y ser humano están en las trazas de las líneas evolutivas; con este referente, es posible entender que la tierra -uno de los tantos componentes de la naturaleza, pero, quizás, la piedra angular para conceptualizar al campesino por los distintos autores- se constituye en el medio por excelencia, precursor si se quiere, en la relación campesino-naturaleza. En una forma más amplia, pero donde cabe la discusión que se está proponiendo, Descola (2012) plantea que la mediación con la naturaleza es el resultado de evolucionar en cuanto técnicas, lenguaje, reproducción de símbolos, entre otros. Si retornamos a Diamond y convocamos a Mazoyert & Roudart (2010) que hacen ese magistral estudio sobre la Historia de las agriculturas del mundo, y los ponemos en sincronía con lo propuesto por Descola, conectamos el desarrollo de técnicas, habilidades y lenguaje con la tierra y la actividad que permite, a partir del trabajo: 1- obtener los medios de vida, 2- plegarse al mundo capitalista y 3- establecer un vínculo con la naturaleza (predominando la tierra en dicho vínculo).

Estos tres componentes, subsumidos en la tríada política, cultura y economía de la que nos habla Haesbaert (2011) se constituyen, por tanto, en ejes dinamizadores abarcentes para conceptualizar al campesino (Lince, 2018), y cobrarán un aire especial en la apuesta por señalar características del campesino-agroecológico, ese que emergió, como bien lo indican Norgaard & Sikor (1999) en disputa con la producción convencional desde los años 60-70 del siglo pasado, sembrando semillas promisorias principalmente en América Latina, y que ha ido pelechando y retoñando multiforme en cada contexto, con las variables que le imprime cada grupo humano o comunidad.

La evolución de la categoría campesino en la dinámica del desarrollo, ¿cambia su relación con la naturaleza?

Las definiciones aportadas de campesino, desde las ciencias sociales, han sido irrigadas por las diferentes perspectivas teóricas, tocando diversos aspectos de la vida rural: se habla del campesino como productor agrícola, en su condición de ruralidad, como modo de producción, con rasgos culturales y sociales específicos, a partir de su conexión o disociación con la estructura, como comunidad en relación u oposición a la sociedad, como subordinado y explotado, como sujeto de levantamientos y proclive a las luchas de resistencia, como clase o negación de clase, como receptor de políticas de Estado... (Sevilla, 2006), (Alba, 1973), (Shanin, 1979); en fin, ha sido estudiado, conceptualizado y problematizado de tantas formas como escuelas de pensamiento (más líneas que se desatan a su interior) han aportado al concepto.

Retomaremos algunos de esos aportes en aras de enriquecer la discusión teórica que se viene proponiendo.

Aguilar (1996), por ejemplo, preocupada por la aparición del campesino como grupo diferenciado en la historia, es enfática al afirmar que

El surgimiento de los campesinos como tema de estudio es paralelo al proceso de la industrialización. «La gran transformación» marcará un antes y un después a la pretendida permanencia de un mundo rural que se descomponía ante el rápido crecimiento de las ciudades y la emigración, fenómenos que más allá de sus repercusiones sociales a finales del XIX, los instituyeron como nuevos objetos de reflexión intelectual. (p.118)

De esta forma, Aguilar sitúa el origen del campesino en la misma temporalidad propuesta por Marx (1975f): al descomponerse las huestes feudales como resultado de las revoluciones burguesas, al tiempo que emergieron aquellos seres doblemente libres (de propiedad y de venderse cual mercancía), se fue destruyendo la figura caduca, para los intereses burgueses, del siervo; a la par del proletariado es parido el campesino y, en consecuencia, no puede ser sino sujeto moderno. Ahora, si el surgimiento del campesino (como sujeto real y viviente y como objeto de estudio) se ubica en los albores de la moderna sociedad burguesa y el advenimiento de las transformaciones liberales (respecto al decadente sistema feudal) en el campo, con Aguilar y Marx es posible afirmar que, en la disrupción que genera la maquinaria y la gran industria (Marx, 1975 g), se encuentra uno de los aspectos más destacados en la conceptualización del campesino aún vigente:

En la órbita de la agricultura es donde la gran industria tiene eficacia más revolucionaria, puesto que destruye el reducto de la sociedad antigua, el “campesino”, sustituyéndolo por el obrero asalariado (...). Al mismo tiempo, destruyendo las bases primitivas naturales de aquel metabolismo, obliga a restaurarlo sistemáticamente como ley reguladora de la producción social de los procesos de trabajo como opresión organizada de su vitalidad, de su libertad y de su independencia individual (...). Además, todo progreso, realizado en la agricultura capitalista, no solamente es un progreso en el arte de esquilmar al obrero, sino también en el arte de esquilmar la tierra, y cada paso que se da en la intensificación de su fertilidad dentro de un período de tiempo determinado, es a la vez un paso dado en el agotamiento de las fuentes perennes que alimentan dicha fertilidad. (pp. 422-423)

El diálogo que se propone entre Aguilar y Marx propicia la lectura de un campesino cuyo origen ya tiene la carga de una relación artificiosa con la naturaleza como resultado de la modernización capitalista, lejos de la creencia de aquel sujeto bucólicamente construido en el imaginario campesinista (Heynig, 1982), fracturado por el andamiaje de la modernidad. Esta cuestión nos pone de frente con una de las principales contradicciones de la sociedad capitalista contemporánea (y que, tempranamente, avizoró Marx): la relación sociedad-naturaleza con un campesino inmerso en las dinámicas propias de la generación de ganancia, de la extracción de plusvalía.

Se entiende entonces que el sistema capitalista ha sido el principal agente modificador de las relaciones y prácticas tradicionales devinientes

de las herencias ancestrales, incluso pretéritas a la aparición y consolidación del capitalismo; la dinámica expansiva del capital de la que hablara Marx (1975g) en el epílogo del primer tomo de su obra culmen (refiriéndose a la colonización de territorios alejados de los centros parturientos de la sociedad moderna), ensancha la economía y afecta a su favor las culturas, las tradiciones, incluso las etnias, sin detenerse a reparar las particularidades de los lugares que interviene (Escobar, 2010).

Los años 60 del siglo XX, presuponen las más directas apuestas estatales, supraestatales e imperialistas para modernizar el campo latinoamericano (Arango, 2014), (Kalmanovitz 1996). En ese marco de condiciones, se agudiza la contradicción campesino-naturaleza, particularmente en América Latina, con directrices como la Revolución Verde o el DRI (Desarrollo Rural Integral), que buscaban perfeccionar el modelo de industrialización del sector rural, hacer uso intensivo de agroquímicos, reemplazar el trabajo y la economía campesina por agronegocios y proponer un tipo de productividad económicamente sustentable; en últimas, las visiones y puestas en práctica del pretendido desarrollo del campo, a partir de la modernización de las actividades productivas (Machado, 2002) (Kalmanovitz & López, 2006). La relación con la naturaleza sufrió, con la introyección del paquete tecnológico, un cambio profundo y de largo impacto: la masificación de la producción a costa del uso excesivo de agroquímicos para acelerar el crecimiento y la “aniquilación” de las, cada vez más, resistentes plagas. La encrucijada del campesino fue clara: adaptación para vivir a esta “nueva realidad” y clavijas cada vez más apretadas como sujeto dependiente de los

requerimientos del capital (de la empresa, del mercado, del Estado, del imperialismo).

Así, envuelto en esta relación dispareja, el campesino de este hemisferio se vio enfrentado a nuevos retos al procurar establecer otras formas de trabajo con la tierra; empero, el intento de competitividad no dio resultado, pues no tenían los medios para producir como el mercado lo demandaba, quedando cada vez más pobre y relegado, sin opciones favorables para la subsistencia de su núcleo familiar (Escobar, 1996) (Forero, 2002).

Como se ve, la relación campesino-naturaleza, en la envoltura de la sociedad capitalista, pone a este sujeto en una especie de callejón sin salida, pareciendo sucumbir al dilema de la productividad rentista del capital versus la subsistencia material y cultural, sumado a la conservación de prácticas con menores impactos negativos sobre la naturaleza. En una reciente entrevista dada por el sociólogo mexicano Armando Bartra (2015), al diario boliviano La Razón, afirma que

El arrinconamiento es la condición misma de los campesinos dentro del capitalismo; no están nunca en expansión, salvo en periodos muy cortos en que un triunfo político o un movimiento social los coloca a la ofensiva; en términos generales están a la defensiva, están siendo desgastados, disminuidos, corroídos por dentro, aculturados; migran, abandonan sus costumbres, pierden sus conocimientos agrícolas, les quitan tierras, pierden importancia económica, importancia demográfica y, sin embargo, cualitativamente están ahí, y es que finalmente, nuestros países se siguen alimentando sobre la base de una agricultura en alta proporción campesina.

Los campesinos nos alimentan; siguen siendo, desde el punto de vista del abasto alimentario, un sector fundamental.

En la gradual imposición, el arrinconamiento y deterioro del trabajo como actividad vital y de su relación con la naturaleza -cualidad propia del sujeto en cuestión-, reside el triunfo relativo del capitalismo sobre la clase campesina. Al respecto, Tocancipá-Falla (2005) trae a colación a Michael Kearney, quien propone de forma determinante la sustitución del concepto campesino por el de polybiano (Hace referencia a quienes, viviendo en el campo, se desplazan en distintos contextos. El significado de la palabra viene de descomponerla en dos partes: Poli (varios), Bian ó Bio (medios o ámbitos). (2005)), haciendo referencia a la transformación actual de las comunidades rurales, con el argumento de que muchas de ellas ya no se encuentran en sus lugares de origen, a causa de, como se ha venido insistiendo, las arremetidas del capitalismo. Este autor plantea una seria crítica a los esencialismos al momento de hablar de campesinos, pues entiende que estos niegan la posibilidad de transformación, hibridación y heterogeneidad, propia de las dinámicas cambiantes, en ese ritmo endemoniado y exacerbado, del sistema capitalista. En sí, el quid de esta proposición no radica en la forma de nombrar, identificar y conocer al campesino, sino en situarlo en un contexto de mercado (aquel que se preocupa por mantener aceitada la rueda de un engranaje siniestro, sin importar que no todos pueden “rodar” al mismo ritmo), que lo ha llevado a una paulatina descomposición de sus prácticas, costumbres y formas de habitar el entorno natural.

Retomando la conversación que se ha tenido con los otros autores, Tocancipá-Falla

coinciden en que hacer mención del campesino lleva a ubicarlo inmediatamente en territorios rurales y con este eje transversal proponer conceptualizaciones. Ahora, concretar la categoría: campesino, supondría su estandarización u homogenización, o cómo diría Geertz, citado por Tocancipá-Falla (2005), al proponer definiciones se han tratado “las características comunes y los vínculos que conectan y configuran estos diversos segmentos en, al menos, algo así como una unidad coherente.” (p.19). En este punto, y en contraposición a lo que pudiera leerse entre líneas de lo expresado por Tocancipá-Falla, más que hablar de estandarización u homogenización, el debate ha conducido a evidenciar empíricamente y a proponer teorizaciones, respecto a los rasgos fundamentales, transversales, ciertamente comunes, contenidos en todos los campesinos, incluyendo, los que se dedican a producir agroecológicamente. En la medida en que el capitalismo permea los territorios rurales y se impone sobre las prácticas que allí se escenifican, este se convierte en uno de los dispositivos más importantes para entender al sujeto campesino en la actualidad, pues en el mismo acto en que expande sus tentáculos para capitalizar la naturaleza y el trabajo humano, le da cariz, práctico y conceptual, a la generalidad del campesinado (como clase objetiva). Esto no significa que se pueda reducir el campesino -menos el agroecológico-, a una simple y exclusiva hechura del capitalismo; significa que el sistema que estructura y condiciona fuertemente su vida, le da rasgos distintivos a partir de los cuales es posible generalizarlo conceptualmente. En esa generalización también cabe el campesino-agroecológico.

Ahora bien, en consonancia con los principales aspectos abordados en este artículo y teniendo claro que generalizar no significa homogenizar (Shanin, 1979), y que esto último es condición imprescindible para construir conceptos, el campesino como sujeto inmerso en aquella doble relación con la naturaleza y el modo de producción dominante, encierra particularidades que lo constituyen en ese ser crucial para el mantenimiento de la vida en su conjunto, pero también para el sostenimiento de las relaciones sociales de producción basadas en la ganancia, la plusvalía e incluso la superexplotación que tiene sus raíces en el campo (Marx, 1975 g), Marx, C. (1975 e). En esta paradoja también se halla inmerso el campesino que no utiliza plaguicidas, que ha librado de pesticidas su tierra, que abona su tierra, siembra y cosecha con productos orgánicos.

Campesino-agroecológico: en la cornisa entre naturaleza y capitalismo-imperialista

Lo que hasta aquí se ha elaborado refleja la importancia de la conexión campesino-naturaleza estructurada por el modo de producción capitalista, para conceptualizar al campesino. La relación con la tierra -la naturaleza en sí- y con el sistema capitalista, en lo referente a la economía campesina y a la dependencia-articulación al actual modo de producción, son factores claves para entender y caracterizar al campesino, sujeto situado en contexto rural (o sea, la naturaleza rural). El surgimiento de la agroecología, como concepto, y la puesta en marcha de sus prácticas empieza a confrontar ciertos lastres de la modernización del campo y asume el reto de retornar a los principios de la agricultura

tradicional: básicamente, producir sin químicos (Mazoyer & Roudart, 2010).

Para conceptualizar al campesino-agroecológico con los basamentos teóricos previamente construidos, retomamos la agroecología en sus dos concepciones más importantes: la agronómica y la sociopolítica. Desde el enfoque agronómico, “la agroecología que es definida como la aplicación de los conceptos y principios ecológicos para diseñar agroecosistemas sustentables, provee una base para evaluar la complejidad de los agroecosistemas” (Altieri. S.f. p.13). De esta manera, las prácticas agroecológicas tenderían a conjugar la productividad agrícola con la conservación de los bienes naturales del agroecosistema. Por ello, es necesario entender adecuadamente las formas en las que se relacionan los seres bióticos y abióticos en los ecosistemas propiamente dichos, tratando de generar mecanismos a través de los cuales estas relaciones fluyan lo más natural que sea posible y puedan, así mismo, continuar con sus expresiones ecológicas en los ciclos vitales, sin afectar la producción agrícola o disminuyendo su impacto y riesgo a la sostenibilidad:

Desde una perspectiva de manejo, el objetivo de la agroecología es proveer ambientes balanceados, rendimientos sustentables, una fertilidad del suelo biológicamente obtenida y una regulación natural de las plagas a través del diseño de agroecosistemas diversificados y el uso de tecnologías de bajos insumos (Altieri; s.f. p.15).

De esta manera, la práctica agroecológica en su acepción agronómica propone una estabilidad sustancial en todo el entorno de producción que conllevaría un cambio profundo con las

formas de producción actuales. Para Sevilla (2006),

La agroecología puede ser definida como el manejo ecológico de los recursos naturales a través de formas de acción colectiva que presentan alternativas a la actual crisis de modernidad, mediante propuestas de desarrollo participativo (Sachs, 1992; Toledo, 1990) desde los ámbitos de la producción y la circulación alternativa de sus productos, pretendiendo establecer formas de producción y consumo que contribuyan a encarar la crisis ecológica y social, y con ello a restaurar el curso alterado de la coevolución social y ecológica. (p. 202)

En la propuesta que hace Sevilla (2006) es importante destacar que el campesino no solo sería un productor agrícola, cuyo fin es el autoconsumo, fundamentado principalmente en el trabajo familiar sin buscar una generación exacerbada de excedentes, sino que hace parte de unas relaciones de dependencia respecto al mercado –lógica del sistema capitalista- y al Estado. En esta misma propuesta, el campesino-agroecológico no se vería como un sujeto pasivo, desarticulado de la contienda política; antes bien, debe asumirse en su condición de campesinado, con consciencia de su lugar y su tarea en el mundo, de su clase social, de la necesidad de proyectarse como sujeto político y de plantear resistencia a las imposiciones que, sobre el conjunto de relaciones sociales de producción –rurales y globales-, pone en práctica el imperialismo.

De esta manera, el enfoque filosófico-político que expone Sevilla (2006), plantea la agroecología como apuesta alternativa al sistema capitalista, que ha de iniciarse en la producción –pues retoma las formas

tradicionales limpias, propio de la época previa a los intentos agro-modernizadores- que sería el primer eslabón del circuito alimentario, pasando por la participación en el mercado de los campesinos (intentando evitar intermediarios) y que apunta a un tipo de consumidores corresponsables de la práctica limpia agroecológica. El rodaje de dicha cadena implicaría –y de ello es consciente Sevilla-, forjar una cosmogonía que le apueste a pensarse, ya no solo como sujeto político sino como sujeto de poder, capaz de liderar y empezar a imprimir cambios en esa relación disonante campesino-capitalismo.

Lo anteriormente propuesto, desde la perspectiva agronómica y sociopolítica para ir dándole fisonomía a un campesino-agroecológico, permite tender puentes entre teoría y realidad -caso concreto, Oriente antioqueño-. Como ya se anticipaba al inicio de este artículo, el campesino-agroecológico, está subsumido en la categoría general de campesino y, como tal, lleva las marcas de este: es dependiente del mercado capitalista y sus leyes, parece no encontrarle salida al entrapamiento de la triada producir–subsistir–equilibrio con la naturaleza, convivir con lo moderno del capitalismo y las prácticas tradicionales y ancestrales.

Así como no se ve un campesino –en el sentido amplio de la categoría- asumiendo resistencia y que ponga en jaque el funcionamiento del capital, no logra verse un campesino-agroecológico (ni como individuo, ni como sujeto, ni como clase) que logre desmarcarse, con total claridad, del mercado actual. Como el campesino en general, el agroecológico, es un sujeto tan híbrido como lo rural y la ruralidad, que carga a sus espaldas el pesado fardo del trabajo material tradicional y ancestral

(independiente de si este lo hace feliz o refunfuñando, si siente aprecio por lo que hace o si desprecia su labor); se reitera con esto que el campesino-agroecológico no logra zafarse (¿aún?) del sistema de producción capitalista o de los imperios alimentarios tratados por Van Der Ploeg (2010), recordando que, en la estela de su lógica expansiva, el capital imperialista, hoy más que nunca, ha cooptado (controla jerárquicamente, delinea, aprehende las condiciones materiales y simbólicas) la producción de alimentos a escala global:

Existe conquista imperial con respecto a la integridad de los alimentos, la pericia de la agricultura, la dinámica de la naturaleza, y los recursos y las perspectivas de muchos productores agrícolas. Esta conquista se lleva a cabo con la destrucción continua y el reensamblaje sucesivo de muchas interrelaciones y conexiones que caracterizan las áreas de la agricultura, los alimentos y la naturaleza. Las nuevas tecnologías y una dependencia general de sistemas expertos desempeñan un papel estratégico en este reensamblaje imperial. (pp. 14-15)

Alimentado por la noción de imperio propuestas por Hardt y Negri (2002) pero también por la idea de revolución que hay en Holloway (2002), V.D. Ploeg va a mostrar la tensión que existe entre lo “ultramoderno” del impero como conjunto de relaciones sociales estructurales, estructurantes y con pretensiones dominantes, que se ve confrontado por un tipo de campesinado en comunidad que, con ciertas prácticas productivo-culturales, se le contraponen.

Como sujeto que opone resistencia férrea a los imperios alimentarios, V.D. Ploeg (2010), propone que

el aspecto central en la condición campesina es (1) la lucha por la autonomía que tiene lugar en (2) un contexto caracterizado por relaciones de dependencia, marginación y privación. Va en búsqueda de, y se materializa como, (3) la creación y el desarrollo de una base de recursos controlada y administrada por el campesino, que a su vez permite (4) aquellas formas de coproducción del hombre y la naturaleza que (5) interactúan con el mercado, (6) permiten la supervivencia y otras perspectivas y (7) retroalimentan y fortalecen la base de los recursos, mejoran el proceso de coproducción, amplían la autonomía y así (8) disminuyen la dependencia. Dependiendo de las particularidades de la coyuntura socioeconómica imperante, tanto la supervivencia como el desarrollo de la propia base de recursos puede ser (9) fortalecida a través de la participación en otras actividades no agrícolas. Por último (10) se encuentran patrones de cooperación que regulan y fortalecen estas interrelaciones. (p. 50)

Cada uno de esos puntos, probablemente, amerite un artículo y no es esa la pretensión de esta reflexión. Se destacan, para efectos de la discusión aquí propuesta, la conexión entre los puntos tres (3), cuatro (4) y cinco (5). Para el sociólogo holandés, ese nuevo campesino que se enfrenta a los imperios agroalimentarios, sin duda agroecológico, sigue siendo un sujeto, cuando menos, poseedor (en términos jurídicos, propietario) de recursos, es decir, de medios de producción, a través de los cuales se establezca el vínculo campesino-naturaleza atravesada por el trabajo; a partir de allí, lo que queda, monitoreando las huellas de lo que plantea V.D. Ploeg, es la interacción con el mercado.

Con todo lo visto hasta aquí, cabe preguntarse: ¿se proponen las teorías (concepciones, epistemologías, cosmogonías) izar las banderas, más que de una alternativa concomitante con el modo de producción imperante, de la lucha por un modo de producción social y económico radicalmente diferente? O, poniendo al sujeto en el nodo del debate: ¿un campesino-agroecológico debe proponerse, con sus prácticas (agronómicas, políticas, ideológicas), apostarle a quebrantar las bases del modo de producción burgués, capitalista?

No parecieran haber respuestas positivas a este interrogante. A pesar de ello, el mismo Sevilla Guzmán (2009) da pistas de ciertos aspectos de corte sociopolítico para la agroecología e, implícitamente, para el campesino-agroecológico que nos acercan a los interrogantes anteriores:

Como respuesta a la lógica del neoliberalismo y la globalización económica, así como a los cánones de la ciencia convencional, cuya crisis tanto práctica como epistemológica está dando lugar a una nueva teoría del conocimiento, participativa y de carácter político. Y ello, en el sentido de “reinterpretar la cuestión del poder, insertándola en un modelo ecológico, de lo que se desprende el ámbito real del poder, es lo social visto desde enfoques de carácter funcionalista, como ecosistema. Desde allí, el enfrentamiento entre un modelo de sistema artificial, cerrado, estático y mecanicista (el Estado); y un modelo de ecosistema dinámico y plural (la sociedad). (s.p.)

Es posible afirmar que la anterior cita refleja una de las cartas más ambiciosas que se juegan los teóricos de la agroecología, en esta ocasión,

en manos de Sevilla. El sociólogo rural español, apuesta por una epistemología –agroecológica, por supuesto- que entre en combate con las teorías del conocimiento convencional, pero que, al mismo tiempo, esté dispuesta, ya como política, a reinterpretar el poder y enfrentar el sistema de valores –económicos, sociales, culturales- establecido. Al analizar en todo su esplendor el enunciado de Sevilla, puede revelarse que se ubica en la doble relación planteada en este artículo para entender y conceptualizar el campesino en general y al campesino-agroecológico en particular: en cuanto a su dependencia a las leyes y dinámicas del sistema, y en su relación con la naturaleza, porque, al final de cuentas, lo que propone es una suerte de sujeto político posible, consciente de su lugar en el mundo.

¿Es posible una ruptura del sistema vía agroecología? Una reflexión en clave marxista

Un resumen de los últimos conocimientos en biología evolucionista, ecología y paleontología nos aclara la verdadera naturaleza del Homo sapiens en el mundo: somos una simple casualidad de la historia. El Homo sapiens es hoy la especie dominante en la Tierra. Por desgracia, nuestro impacto es devastador y, si seguimos destruyendo el entorno como en la actualidad, la mitad de las especies del mundo se extinguirá a comienzos del próximo siglo. Aunque el Homo sapiens está condenado a la extinción, al igual que las demás especies que han existido, tenemos el imperativo ético de proteger la diversidad de la naturaleza,

no de destruirla (Tomado de: La sexta extinción)

Intentaremos dar respuesta a este interrogante armados con las discusiones teóricas sostenidas previamente, pero ligando los dos aspectos centrales del artículo: la relación campesino-naturaleza y la articulación-desvinculación del modo capitalista de producción y, en el corazón de esa relación, ciertos componentes de la teoría marxista.

Tal como se glosó anteriormente, el campesino es tal, entre muchos otros aspectos, por el grado de entrelazamiento con la naturaleza – especialmente la tierra- para obtener su subsistencia y articularse al mercado. La clave de todo esto sigue siendo el trabajo productivo, es decir, la actividad humana a partir de la cual se modifica o transforma la naturaleza para garantizarse la existencia que, como ya sabemos, termina siendo el punto medular de la relación humano-naturaleza y, luego, el corazón de lo que Galaffasi (1978) denomina siconatural, o, dicho de otro modo, el conjunto de relaciones sociales de producción, estructurales y superestructurales, dimensionadas por Marx (1975 b).

Partamos, en primer lugar, de la idea de naturaleza en Marx (1975 h) que, en *El Capital*, constituirá la sustancia de la mercancía, no en el sentido de la “sustancialidad” o denominador común a todas ellas, la fuerza de trabajo, sino en el sentido tipo de las materias primas que cristalizan dicha mercancía. La naturaleza termina siendo, al mismo tiempo, un determinante (por sus leyes que han operado desde los orígenes de la evolución) y un condicionante (que da, pero también limita las posibilidades) del trabajo y la producción humana.

Schmitdt (1977) lo plantea de la siguiente manera:

La naturaleza como material que se enfrenta a los hombres solo es material informe respecto a los fines de la actividad. La sustancia material, que Marx equipara a la materia, ya está formada, es decir, se halla sometida a las leyes físicas y químicas que son descubiertas por las ciencias naturales en permanente contacto con la producción material. Justamente porque la sustancia material tiene leyes que le son propias, y no a pesar de ello, se pueden realizar fines humanos por medio de los procesos naturales. Además, los contenidos de estos fines no son solo histórico-sociales, sino que también están condicionados por la estructura de la materia misma (p, 71)

La visión ontológica del positivismo tendía a ver la naturaleza, bien sea, escindida de la sociedad o, en su defecto, como punta de lanza del progreso incesante: en ambos casos, predominaba una visión de naturaleza ilimitada, puramente reificada para ponerse al servicio del hombre y sus necesidades. Schmitdt (1977), zigzagueando la senda de *El Capital*, entiende que la riqueza de las naciones de la que hablara Adam Smith (2010) no era el resultado de la voluntad –de facto natural- de los seres humanos que trabajan disciplinadamente para obtener ganancia, en el marco de las libertades generadas por las revoluciones burguesas, sino que, dicha riqueza, tiene como punto de arranque las posibilidades y limitantes de la naturaleza. Marx (sf), en su crítica mordaz a Proudhon, visualiza que la economía política burguesa termina extrapolando las leyes de la naturaleza a las leyes que resultan de las contradicciones sociales:

Al decir que las actuales relaciones —las de la producción burguesa— son naturales, los economistas dan a entender que se trata precisamente de unas relaciones bajo las cuales se crea la riqueza y se desarrollan las fuerzas productivas de acuerdo con las leyes de la naturaleza. Por consiguiente, estas relaciones son en sí leyes naturales, independientes de la influencia del tiempo. Son leyes eternas que deben regir siempre la sociedad (pp. 117-118)

La crítica que conducía Marx, mediado por Proudhon, a toda la economía burguesa, trasciende su época y encaja perfectamente en la discusión propuesta. En la trastienda de la cuestión vuelven a estar, por un lado, la naturalización (jurídica e ideológica) de la riqueza y el poder que devienen del control de la naturaleza de un determinado grupo o clase social y, por otro lado, pero ligado a lo anterior, el lugar subordinado de la misma naturaleza respecto a las relaciones sociales de producción. En el caso del modo capitalista de producción, la subordinación de la naturaleza a la necesidad de ganancia y plusvalía. El capitalismo no es, como lo señala Kovel (2005), una cuestión inherente a la naturaleza cuando, con una doble metáfora, escribe:

Por ejemplo, generalmente se sostiene la opinión de que el capitalismo es el resultado innato y, por consiguiente, inevitable, de la especie humana. Si este es el caso, entonces el camino necesario de la evolución humana atraviesa desde la Garganta de Olduway hasta el Mercado de Valores de Nueva York y pensar en un

mundo más allá del capital se convierte en un mero aullido a la luna (p.127)

Sin estar en las mismas vertientes de pensamiento y constructo epistemológico, tal hecho lo retoma el teórico revolucionario Raymond Lotta (2013) al interrogarse y responderse lo siguiente:

¿Por qué las operaciones de explotación forestal y maderera están desapareciendo las selvas tropicales? ¿Por qué la agroindustria está degradando y secando el suelo, y por qué se están acidificando los mares? ¿Por qué se convierte la naturaleza en un "sumidero" de residuos tóxicos? Porque el capitalismo-imperialismo invierte, especula, comercia y merodea por el mundo tratando a la naturaleza como un insumo ilimitado al servicio de la producción, cada vez mayor grado expansión en pos de ganancias.

V.D. Ploeg (2010) ya nos hablaba de los imperios alimentarios como la forma en que la economía campesina y la producción agraria a esa escala, sucumbía ante los intereses del mercado en la era de la globalización; Lotta nos recuerda desde Lenin la categoría imperialismo para problematizar, más que los circuitos alimentarios que se organizan bajo este dominio, el papel de la naturaleza y su carácter estructural para el funcionamiento de la sociedad capitalista. Lotta expone que la contradicción fundamental en el actual sistema capitalista-imperialista tiene su punto nodal en la anarquía de la producción y, desde allí, se centra en la diada naturaleza-capital como contradicción principal y ya no en la decimonónica contradicción trabajo asalariado-capital expresada por Marx (1976). Volveremos con la posición teórica de Lotta al final del artículo para poner en discusión la

pregunta del subtítulo que cubre esta reflexión. Por el momento, nos quedamos con los candiles encendidos por Sevilla y V.D. Ploeg.

Ya vimos cómo lo rural, más exactamente, el espacio natural rural hace alusión, en sentido estructural, inicialmente, al contenido primigenio o evolutivo de la naturaleza: lo que queda como resultado de la evolución física, biológica, química, que se concreta en montañas, ríos, fauna, flora, procesos bióticos y abióticos; las leyes de la naturaleza que operaron independiente de la aparición de la especie humana y que luego, aunque indiscutiblemente se imbriquen, siguen manteniendo a la primera como condición necesaria para la existencia de la segunda.

Para V.D. Ploeg (2010), en una argumentación conexa a la de Sevilla, una salida al entrapamiento que imponen los imperios alimentarios partiría, justamente, de la propia relación dialéctica campesino-medio ambiente a través de la cual se desatan respuestas que generan posibilidades de autonomía. Destacando el peligro potencial del imperio como principio ordenador que redefine los entornos que le son hostiles (entornos rurales que no se acoplan a sus necesidades), V.D. Ploeg reconoce que ello mismo contiene los nuevos gérmenes de lucha, resistencia y contrapeso del campesinado. El principio campesino, definido por este autor, destaca la multiplicidad de acciones que hoy tiene el campesino para hacer frente a las imposiciones de imperio; sin embargo, en la que hace más hincapié como respuesta consistente al mencionado entrapamiento, es en el “retorno a la naturaleza” (p, 388) como condición intrínseca a la “recampesinización”, a través de lo cual sería posible “reconstruir la agricultura a partir del capital ecológico, social y cultural”

(p, 390). V.D. Ploeg amplía la concepción de agroecología en la misma trayectoria que Sevilla (2009), cuando este concluye

(...) que las comunidades campesinas han desarrollado formas de manejo de los recursos naturales, con elevados grados de autonomía del mercado, criterios de cohesión social y solidaridad, guiadas por una racionalidad ecológica que respeta los límites de la naturaleza y en las que el trabajo humano se orienta a garantizar y mantener la capacidad productiva del agroecosistema de la que depende su modo de vida. No se trata de idealizar al campesinado sino de reconocer y recuperar los aspectos positivos tanto sociopolíticos como ambientales de cara a desarrollar propuestas alternativas de desarrollo rural desde un enfoque agroecológico. (p. 38)

Tanto Sevilla como V.D. Ploeg, si bien no idealizan al campesino-agroecológico, si lo plantean como alternativa al imperio y al desarrollo moderno capitalista respectivamente. Para ello, un retorno al campesino de prácticas productivas tradicionales sería imprescindible pero no suficiente. El campesino-agroecológico va a cobrar otro sentido, en ambos, como campesinado, es decir, como clase para sí movilizadora y activa. La agroecología, y puntualmente el campesino-agroecológico, a de forjarse rompiendo los límites de las prácticas puramente agronómicas (limpias y orgánicas) y cargarse de posturas filosóficas, sociales y políticas consecuentes con la variable ecológica del eslabón productivo. En sentido filosófico la propuesta apunta hacia una visión holística que integra cierta ética frente a la producción, la circulación y el consumo

(circuito de la economía política) (Marx, 1975, i), coqueteando con los principios centrales de la economía política en perspectiva crítica. Lo social presupone un campesino-agroecológico que teje caminos de comunidad, es decir, que se vaya constituyendo en una especie de araña tejedora que va conectando los habitantes del lugar a partir del trabajo colectivo, la producción agroecológica, la integración de saberes, de formas de participación y organización tanto ancestrales como de base; que se apoya en los desarrollos y avances científicos —en este caso de las ciencias sociales—, con especial particularidad en los métodos, metodologías y técnicas de investigación, y que potencie al campesinado como actor central del conocimiento. Lo político sintetizaría las dos anteriores pues, fundamentado en una visión crítica-social, proyecta un campesino-agroecológico con capacidad de generar impactos reales y concretos tanto en la vida en sí de las comunidades como en los lineamientos y Planes de Gobierno local, regional y nacional.

Este imaginario de campesino-agroecológico (que oscila entre lo posible y lo deseable) y que aflora —aunque no se limita— de la añoranza por la reconversión de la relación campesino-naturaleza quebrantada por el actual modo de producción, tendría un obstáculo más grueso: la fuerza impulsora de la anarquía teorizada por Raymond Lotta (2013) como contradicción fundamental en el actual *modus operandi* del capitalismo-imperialista, en cuyos intestinos rumia la contradicción capital-naturaleza como característica principal y que, en el planteamiento de este autor, marca un movimiento en espiral ascendente con tendencia cada vez más antagónica, resultado del proceso de acumulación y reproducción del

capital a escala ampliada (Marx, 1975 j). En la producción, circulación y cambio, la agroecología y el campesino-agroecológico como cualquier campesino —sin importar su forma de producción—, se ven, indefectiblemente, enfrentados a esa fuerza anárquica de “generar riqueza”. Y el ombligo de la disputa se encuentra, en esencia, en la naturaleza. La necesidad de obtener ganancias a toda costa, de extraer plusvalía a como dé lugar, lleva a las empresas capitalistas no solo a entabrar competencias voraces entre ellas, sino que le obliga a ponerse por encima del equilibrio y las leyes naturales y a pisotear la vida campesina que se da en los territorios rurales:

Quando las empresas capitalistas talan las selvas tropicales en Indonesia para la madera y plantan árboles para producir aceite de palma para biocombustibles —un sector muy volátil de la economía mundial que refleja la intensa competencia entre la energía mundial y los mercados de alimentos—, el carbono liberado a la atmósfera y la destrucción del hábitat de los tigres de Sumatra no forman parte del cálculo de los costos y beneficios de estos capitales (...). La incapacidad del capitalismo de interactuar con la naturaleza de una forma sustentable...la devastación de la naturaleza causada por el capitalismo... y la aceleración de la crisis ambiental que viene englobando al mundo y poniendo bajo amenaza al planeta, están arraigadas en las interacciones anárquicas de agrupaciones privadas y altamente organizadas de capital, que vienen enfrentándose a la coacción de expandirse o morir — y de la rivalidad a nivel mundial.

La ley de “expandirse o morir” equivale a explotar la naturaleza hasta el extremo, y

apropiarse de las capacidades productivas y creativas del ser humano, incluso, a querer ultrapasarse los límites de la naturaleza y, si fuere necesario, a borrar poblaciones ancestrales y culturas tradicionales, a convertir el saqueo y el despojo en ley inmanente del capitalismo-imperialista (Lenin, 1975), (Vega Cantor, 2012). Con ello, como ya se dijo, lo que ebulle es la necesidad de ganancia que empieza a regir los destinos de la humanidad. ¿Se libra la agroecología y el campesino-agroecológico de estas leyes? ¿Logra desmarcarse de ellas e imponerse con sus prácticas (Altieri), epistemología (Sevilla) y cosmogonía?

Entre los imperios alimentarios de V.D. Ploeg y la fuerza impulsora de la anarquía de Raymond Lotta, el capitalismo-imperialista, en la actualidad, define el rumbo ulterior de las relaciones sociales de producción y, específicamente, la vida rural de los campesinos de todo el mundo. Si bien es cierto la agroecología y el campesino agroecológico tienen como eje de trabajo, conocimiento y de cosmogonía la apuesta por un equilibrio ecológico y, de hecho, en sus formulaciones teóricas y ciertas prácticas localizadas (como las que muestra V.D. Ploeg en Perú y algunas experiencias puntuales en América Latina) deja ver que es posible desde allí ponerle trabas al sistema, no se visualiza que tales trabas se constituyan en una ruptura de fondo con los imperios alimentarios y muchos menos contra la fuerza anárquica que dinamiza el modo capitalista de producción.

Uno de los estudiosos más importantes del cambio climático, el físico estadounidense James Hansen (2010), habla de que el planeta ha llegado a su punto de inflexión, es decir

(...) un medio ambiente que está muy fuera del patrón que ha experimentado la humanidad. No habrá retorno que pueda ser imaginado en el tiempo de vida de cualquier generación y el viaje exterminará una fracción grande de las especies sobre el planeta... (sp)

Previo a lo proyectado por Hansen, Leakey & Levin (1998) en su famoso y sugestivo libro titulado “la sexta extinción”, aunque reconocen que “el Homo sapiens no es, evidentemente, la primera criatura viva que produce un impacto espectacular en la biota de la Tierra” (p, 153), son enfáticos en afirmar que los golpes más grandes sobre la naturaleza sí provienen del ser humano y su evolución:

La evolución de la inteligencia humana, por tanto, dilató el potencial de la expansión y el crecimiento poblacionales, de modo que, colectivamente, los seis mil millones de humanos que viven en la actualidad representan la máxima proporción de protoplasma que hay en el planeta. Succionamos nuestro sostén y nuestro mantenimiento del resto de la naturaleza de un modo sin parangón en la historia del mundo, reduciendo sus dones mientras aumentan los nuestros. Somos, como ha dicho Edward Wilson, «una anomalía ambiental». Las anomalías no duran eternamente; al final desaparecen. «Es posible que estuviera previsto que otorgar inteligencia a la especie indebida fuera una combinación mortal para la biosfera», sugiere Wilson. «Puede que sea una ley de la evolución que la inteligencia tienda a extinguirse sola». Si no una «ley», tal vez sí una consecuencia habitual. Lo que nos preocupa es cómo evitar un destino de esta clase. (p. 153)

A decir verdad, hablar de que la evolución humana es la “responsable” del deterioro ambiental es una verdad a medias y, por ende, termina siendo una mentira. Lo real es que tal deterioro se ha agudizado en los últimos 200 años, coincidiendo con el período de expansión y consolidación del capitalismo y la emergencia del imperialismo desde finales del siglo XIX (revcom.us, 2010, a). Tres reglas del capitalismo-imperialista, se interpondrían a las posibilidades de construir una relación equilibrada humano-naturaleza o, en un sentido más abarcante, sociedad-naturaleza y, con ello, se constituiría el obstáculo más grande que tendría la agroecología y el campesino-agroecológico para fracturar el sistema:

- 1- Todo es una mercancía y todo debe hacerse para sacar ganancias: Para el capital, la naturaleza es algo que se podrá tomar y saquear o un regalo que se da por hecho, que se explota y se vierte en la producción de mercancías basada en las ganancias.
- 2- La producción es de propiedad privada e impulsada por el mandamiento “expandirse o morir”: Debido a su carácter de control y propiedad privada y como resultado de la competencia a vida o muerte entre los distintos capitales, no puede haber ninguna coordinación consciente de la producción a nivel de toda la sociedad. No puede haber ninguna planificación a largo plazo que pueda tener en cuenta el impacto o las relaciones ecológicas. No consideran el impacto de su

crecimiento sobre la ecología de las selvas tropicales o los océanos.

- 3- Hoy, el capitalismo opera mediante la dominación imperialista de los países oprimidos y la rivalidad estratégica entre las potencias imperialistas: Pero esta rivalidad se repite continuamente y toma nuevas formas — y se manifestó esta rivalidad en Copenhague, lo que impidió cualquier acuerdo de importancia

(...) Esta terrible desigualdad mundial se expresa de manera concentrada en la emergencia ambiental a la que la humanidad se enfrenta. La gente de estos países oprimidos encuentra sus aguas y aire totalmente ensuciados, su agricultura devastada, sus tierras despojadas de la fertilidad. (revcom.us, 2010, b).

En la dinámica del actual sistema que requiere convertir la naturaleza en ganancia, apropiársela de forma privada para ensanchar el capital y dominar en sentido imperialista el planeta en su conjunto, la aceleración de la sexta extinción (Leakey & Levin, 1998) no tendría reversa y la superación del punto de inflexión (Hansen, 2010), es imposible. En la medida en que estas tres leyes del capitalismo-imperialista definen la estructura de la sociedad (incluyendo aquí la fuerza impulsora de la anarquía señalada por Lotta o los imperios alimentarios estudiados por V.D. Ploeg) las posibilidades de la agroecología y el campesino-agroecológico no son, para nada, promisorias y, al poner en una balanza los dos frentes y sus perspectivas, no logra verse un contendiente sólido para el sistema.

Haciendo una valoración objetiva y prospectiva de la agroecología y la apuesta por una campesino-agroecológico, tal como se viene discutiendo en este artículo, es innegable que las prácticas agronómicas con planificación ecológica son indispensables pensando en otra forma de producción, que la construcción de otras epistemologías distintas a las que rigen la vida basadas en el capital, como relación social, deben imponerse si se quiere frenar la destrucción de la naturaleza y la vida humana, que se requiere un campesino-agroecológico que asuma un papel de lucha y resistencia organizada a partir de la producción y sus prácticas comunitarias si desea asestar golpes letales al actual sistema (se repite: si de verdad desea asestar golpes letales). Sin embargo, nada de esto es suficiente si en las miras del imaginario agroecológico, de la agroecología en sí y del campesino-agroecológico como sujeto, no está la lucha, radical, por un mundo estructuralmente diferente. Tal cosa implicaría una revolución al interior mismo de las ideas y prácticas agroecológicas (en todos los eslabones del circuito de la economía política) y de la imaginación de un campesino-agroecológico posible: si el albo no se ubica en la médula de la relación sociedad-naturaleza a escala global y en la destrucción gradual pero total de todas las formas de opresión que incluyen, también, a la agroecología, esta terminará siendo una disputa justa, necesaria, pero, a la postre, reformista y liberal.

La relación campesino-naturaleza de las distintas perspectivas teóricas

Las prácticas campesinas, en especial las productivas, pueden verse con claridad desde el neolítico con la invención de la agricultura y la domesticación de los primeros mamíferos

(Diamond, 1998), (Mazoyert, 2010). Sin embargo, el campesino como sujeto social, político y cultural es profundamente moderno, vertido por las revoluciones burguesas (políticas, industriales e ideológicas) (Marx, 1975 e), (Aguilar, 1996), que se va formando al mismo ritmo del proletariado, de los comerciantes, de terratenientes y de burgueses.

No habría podido diseñarse el edificio capitalista sin que la burguesía con su ímpetu revolucionario jalonara, en un acto simultáneo, de un lado, la aparición del proletariado y, de otro, la reestructuración de las actividades agrarias -de tipo servil derivadas del feudalismo-, hasta crear este nuevo sujeto, tan genuino como el obrero, pero que se movía entre el trabajo asalariado, el trabajo rentista, el trabajo en tierras comunes y las pequeñas propiedades agrarias: el campesino.

Redfield (1956), Kroeber (1948), Saul y Woods (1979), proponen la conceptualización del campesino situado en contexto rural, pero además sosteniendo actividades productivas sobre la tierra. En el análisis propuesto, la tierra es uno de los más importantes componentes de la naturaleza; de facto, domesticar y cultivar dio origen a la agricultura, uno de los aspectos más importantes de la vida rural y campesina. Sin embargo, sería erróneo reducir al campesino solo a uno de los componentes de la naturaleza por importante que este sea. Aunque la cuestión de la existencia de ciertos componentes básicos para interrogar la condición de campesino requiere un mayor grado de profundización y se expondrá en otro trabajo, uno de esos componentes es que la tierra (ni la propiedad, ni su uso, ni su posesión) no puede ser, hoy, *conditio si ne quanon* para conceptualizar al campesino.

Wolf (1971), Shanin (1979), Chayanov (1974) y Krantz (1977), para efectos del objetivo de este texto, harán énfasis en el trabajo familiar y la actividad agrícola en relación con el mercado (cercanía o distanciamiento con el capitalismo) para conceptualizar, en un mismo cuerpo, economía campesina y campesino. La naturaleza aparece como escenario de vida y de vínculo familiar y laboral que se entrelaza, a partir del trabajo que genera productos concretos, con la necesidad de subsistencia material y de nexo inevitable –y necesario- con el capitalismo.

Si bien es cierto, familia y trabajo en relación con el espacio rural marcarán un hito importante en la conceptualización del campesino, en una escala más amplia de reproducción del capital y su necesidad de ganancia a partir de los bienes que están o han evolucionado en el campo, la familia deja de ser indispensable, no solo para las actividades productivas y la subsistencia sino para lo que, ya en la práctica, requieren las nuevas actividades que se incorporan al campo o lo que resulta de las modificaciones que advienen con la modernización. El trabajo, en cambio, sigue siendo medular en la relación campesino-naturaleza, pues este mantiene aún vivo el vínculo material más expedito entre ambos, a través del cual se desatan las múltiples expresiones de ruralidad (prácticas, creencias, imaginarios, socialización, ideas, significados...) que implican, a su vez, maneras de concebir y actuar sobre la naturaleza y que pivotan entre la conservación, el equilibrio y la destrucción de la naturaleza.

Enfrentados a los lineamientos y propulsiones modernizadoras pos-años 60, Aguilar (1996), Bartra (2015) y Tocancipá Falla (2005) ven al campesino como creatura del capitalismo y las

relaciones sociales que de allí se desprenden, a partir de lo cual plantean que es posible entender al sujeto en cuestión siempre y cuando se logre aprehender la estructuración que le da el sistema. La lógica expansiva del capitalismo abraza a su paso la vida campesina y al campesino, lo rural y la ruralidad; de esta forma, quiérase o no, la fisonomía del campesino contemporáneo lleva las cicatrices del capitalismo. Tal cosa entra en discusión con las miradas tradicionalistas del campesino y, de hecho, de lo rural. En la fase más avanzada del capitalismo-imperialista, lo rural, el espacio natural del que tanto se ha hablado en este escrito, no se presenta como una marginalidad sino, de hecho, como bastión de los bienes necesarios para la generación de productos y mercancías, acto que implica atravesar la vida campesina y, con ello, redefinir aquel campesino como sujeto tradicional y entenderlo en la lógica estructurante del capitalismo.

Al entender que lo rural amplía el radio del espacio hacia la naturaleza, el campesino debe estudiarse en esa misma amplitud que hace uso, trabaja, establece vínculos y construye escenarios de vida con la naturaleza en su conjunto. Poner al campesino como sujeto en relación con la naturaleza y descentrarlo de la tierra tiene un punto de inclinación clara en la realidad que, como se glosó a lo largo del artículo, está en consonancia con las necesidades expansivas del capital, de los imperios alimentarios y, propiamente, del modo de producción capitalista-imperialista. La relación entre naturaleza en sentido amplio, los imperativos de la expansión del capital imperialista -y no únicamente la tierra-, serán ejes centrales para conceptualizar al campesino

y, luego, para acercar ideas que permitan reinventar el campesino-agroecológico.

Conclusiones

El campesino-agroecológico

Una de las principales propuestas agroecológicas significa el retorno a las prácticas productivas tradicionales tendientes a generar equilibrio ecológico entre las necesidades humanas y los límites de la naturaleza (Altieri, sf). Es, por esencia, un ser que lleva en sus entrañas una nueva relación con la naturaleza por sus prácticas productivas armoniosas y, ligado a ello, él mismo es simbiosis nítida de lo socio-natural. De este modo, el campesino-agroecológico no puede ser otro que el campesino tradicional, pero, como consecuencia de situarse en un espacio rural atravesado por el capitalismo; vendría siendo aquel que, además de lo primero, se redefine y redimensiona a partir de los retos y posibilidades que le otorga el sistema en la misma trayectoria que se le presenta como obstáculo.

Sevilla (2009) y V.D. Ploeg (2010), conscientes de ello, plantean que el sujeto campesino con prácticas agroecológicas, no puede estar en la lógica de la ganancia a toda costa, pues ello implicaría desequilibrar los ciclos ecológicos y hacer eco a escala micro del modus operandi del sistema; pero, en todo caso, debe generar producción de una forma y a un grado tal que haga frente a los imperios alimentarios que ejercen monopolio en el mundo y a los Estados que cohonestan con la artificialización de la relación humano-naturaleza y se ponen al servicio de esos imperios.

En ese marco de condiciones, el campesino-agroecológico debe pensarse en su condición de clase movilizadora, activa, políticamente en acción, capaz de articular el carácter ecológico de la producción con una concepción de mundo que entienda la estructuración que se haya contenida en el modo capitalista de producción. Podría entenderse, con lo anterior, que un campesino-agroecológico empieza a resistir desde la producción, pero debe escalar dicha resistencia al campo político e ideológico; en consecuencia, debe ser sujeto de poder (Sevilla, 2009).

Ahora bien, es difícil ver a un campesino-agroecológico –aun como sujeto de poder– que, compelido a entrar al circuito de mercado que ya impone condiciones y dejándose seducir por él, logre sacudirse del yugo del capitalismo. Ni siquiera la creación y desarrollo de recursos controlados y administrados por el campesino (que a su vez permita una mejor forma de coproducción del ser humano y la naturaleza; que interactúen con su producción limpia en el mercado bajo otros intereses), pareciera ser suficiente para que ese campesino-agroecológico, sea una real talanquera al sistema socioeconómico predominante.

Campesino-agroecológico: entrampamiento y posibilidades en el actual sistema

La humanidad podría echarse a la pena al saber que “(...) el Homo sapiens está condenado a la extinción, al igual que las demás especies que han existido” (Leakey & Levin, 1998, p, 146); sin sepultarnos desde ya, la tarea es otra: saber que podemos alargar la vida humana en este mundo recordando que “tenemos el imperativo ético de proteger la diversidad de la

naturaleza, no de destruirla” (Leakey & Levin, 1998, p, 146). La protección de la naturaleza es, al mismo tiempo, la salvaguarda de la vida. ¿Cuál es el motor de destrucción de la naturaleza? ¿Qué ha acelerado en los últimos 200 años la crisis ambiental? ¿Cuál es la mayor fuerza que ha agudizado el punto de inflexión al que ha llegado el planeta y la vida humana en su conjunto?

La naturaleza se presenta al ser humano como objeto y como medio (Marx, 1975 d), como sustancia que posibilita el trabajo y la generación de productos, de mercancías (Marx, 1975 h). Si la producción de mercancías requiere de la cristalización de la evolución fisicoquímica de la naturaleza (Schmitdt, 1977), es ella la primigenia despena de la existencia del capital. En efecto el capitalismo no puede existir sino a condición de desarrollar las fuerzas productivas y expandirse sin tregua hasta ensanchar el planeta (Marx, 2007); ello ha significado que, en los últimos 200 años, la naturaleza se haya visto afectada a un grado tal que, en la actualidad, se ha llegado a un punto de inflexión, a un mojón de no retorno (Hansen, 2009), que empieza a dejar sin piso los soportes de la existencia humana en el planeta (Lotta, 2013).

Aunque la agroecología y el campesino-agroecológico se enfrenten con sus prácticas agronómicas, políticas y culturales a los imperios agroalimentarios (V.D. Ploeg, 2010), la anarquía en la producción que rige el capitalismo-imperialista en la actualidad (Lotta, 2013) se impone a ellos. Sevilla (2006) (2009), ve en la agroecología una alternativa para hacer frente al desastre ecológico y al poder que se ejerce con estos fines. Es claro que quienes habitamos este mundo con atisbos mínimos de

conciencia crítica sabemos que es necesario actuar en oposición a la crisis ambiental. Con el cuadro ya pintado del peligro inminente en el que está la vida humana, urge transformar la producción en general y las prácticas agropecuarias en particular.

Dicha transformación implica, a su vez, una revolución en las relaciones sociales de producción en su conjunto. Al presentarse como alternativa, no se ve en la agroecología y el campesino-agroecológico detonantes que trastocan de raíz una formación económica-social que ha llegado a niveles casi plenos de globalización y que opera con arreglo a la acumulación ampliada que, como tal, requiere expansión territorios naturales rurales, apropiación imparables de la naturaleza y conversión de esta en ganancia. Si se nombra ella misma como alternativa, la agroecología y, de paso, el campesino agroecológico, apuntan a un concubinato con el modo capitalista de producción, es decir, a hacer concomitantes y co-conviviendo dos formas de producción agronómicas en el vientre del mismo modo de producción económico-social.

Pero incluso, si la “fuerza motriz de la anarquía es una expresión del hecho que el modo de producción capitalista representa el desarrollo completo de la producción de mercancías y la ley del valor” (Lotta, 2013), enfrentar solamente desde la agroecología a este monstruo no pareciera muy efectivo. Se tendrían que destinar otras reflexiones para ampliar esta discusión, pero es improbable que la agroecología y un campesino-agroecológico emergido desde los años 60 en el fragor de la lucha contra el desarrollismo, pueda frenar, por sí y sin adhesiones partisanas radicales, la locomotora de producción imperialista de la

que, además, es dependiente como cualquier actividad campesina.

Una de las tareas para la construcción teórico-práctica del campesino-agroecológico es la visualización de la raíz del problema (el carácter anárquico de la producción a escala mundo y el imperialismo que rige la vida en su conjunto) para que sus luchas se enfilen contundentemente hacia allí. Tal cosa sí requeriría la trascendencia del campesino-

agroecológico hacia un campesinado (ya imaginado y analizado desde varios teóricos de la agroecología) organizado y estructurado, hacia una clase para sí con capacidad de plegarse y alimentar las luchas y concepciones científicas que ya tienen existencia en el mundo y que se la juegan por la destrucción cabal de las relaciones sociales de producción basadas en la explotación de la naturaleza y el ser humano.

Referencias bibliográficas

- Aguilar, E. (1996). Campesinos. En: Prat & Martínez (edit): Ensayos de antropología cultural. Barcelona: Ariel S.A.
- Alba, V. (1973). Historia general del campesinado. Bracelona: Plaza & Janes
- Altieri, M. A (s.f). Agroecología: principios y estrategias para diseñar una agricultura que conserva recursos naturales y asegura la soberanía alimentaria. Universidad de California, Berkeley. Pdf
- Arango, M. (2014). La tierra en la historia de Colombia. Bogotá: Academia de Ciencias Económicas
- Bartra, A (2015). Ser campesino es un modo de vida. En: La Razón, Diario boliviano (17 de mayo de 2015). Recuperado de: http://www.la-razon.com/index.php?_url=/suplementos/animal_politico/Armando-Bartra-campesino-modo-vida_0_2271972841.html
- Chayanov, A. (1974). Organización de la unidad económica campesina. Argentina: Nueva Visión.
- Cuadros, R. (2010). Ontología y epistemología cyborg: representaciones emergentes del vínculo orgánico entre el hombre y la naturaleza. En: CS, No. 6. Pp 317-330. Julio-diciembre 2010. Cali.
- Descola, P (2012). Más allá de naturaleza y cultura. Amorrortu/editores. Buenos Aires
- Diamond, J. (1998). Armas gérmenes y acero. La sociedad humana y sus destinos: ¿Por qué los pueblos de Eurasia conquistaron, desplazaron o diezmaron a las poblaciones autóctonas de América, Australia y Africa, y no a la inversa? Madrid: Debate.
- Elias, N. (2009). El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas, México: Fondo de Cultura Económica.
- Engels, F. (1961). Dialéctica de la naturaleza. México: Ediciones Grijalbo
- Escobar, A. (2010). Una minga para el postdesarrollo: lugar, medio ambiente y movimientos sociales en las transformaciones globales. Perú: Programa Democracia y Transformación Global.
- Escobar, A. (1996). La invención del tercer mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo. Bogotá: Norma.
- Franklin, H (1979). El campesino trabajador en Europa. En: Shanin (Edit): Campesinos y sociedades campesinas. México: FCE

- Forero, J. (2002). La economía campesina colombiana 1990–2001. Cuadernos tierra y justicia, (2), 46. Recuperado de: http://www.kus.uu.se/CF/Cuaderno_02.pdf
- Galafassi, G. (1998). Aproximación a la problemática ambiental desde las ciencias sociales Un análisis desde la relación Naturaleza, cultura y el proceso de trabajo. En: Theorethikos, 001 (06). Buenos Aires.
- Gliessman, S.R. (2002). Agroecología: Procesos ecológicos en agricultura sostenible. Turrialba: Catie editores.
- Guizot, F. (1990). Historia de la civilización en Europa. Madrid: Alianza Editorial.
- Haesbaert, R. (2011). El mito de la desterritorialización: del "fin de los territorios" a la multiterritorialidad. México: Siglo XXI.
- Hansen, J. (2009) Storms of My Grandchildren: The Truth About the Coming Climate Catastrophe and Our Last Chance to Save Humanity. Bloomsbury USA. Citado por: revcom.us. Recuperado: <http://revcom.us/a/199/dimensions-es.html>.
- Hardt, M. & Negri, A. (2002). Imperio. Buenos Aires: Paidós
- Hecht, S. (1999). La Evolución del Pensamiento Agroecológico. En: Altieri & otros: Agroecología: bases científicas para una agricultura sustentable. Montevideo: Editorial Nordan–Comunidad.
- Herrera Ospina, J. d., & Insuasty Rodríguez, A. (2015). Diversas concepciones en torno a la naturaleza como sujeto político. De la necesidad de cambio de paradigmas. El Ágora USB, 15(2), 537-555. Obtenido de <http://revistas.usb.edu.co/index.php/Agora/article/view/1629/1439>
- Heynig, K. (1982) Principales enfoques sobre la economía campesina. En: Revista CEPAL, 16, Santiago de Chile.
- Holloway, J. (2002). Cambiar el mundo sin tomar el poder: el significado de la revolución hoy. Madrid: El viejo topo
- Kalmanovitz, S. (1996). El Desarrollo Histórico del Campo colombiano. En: Ocampo (E.). Colombia hoy. Santafé de Bogotá: Presidencia de la República.
- Kalmanovitz, S. & López, E. (2006). La agricultura colombiana en el siglo XX. México: FCE, Banco de la República.
- Krantz, L. (1977). El campesino como concepto analítico. Nueva antropología, revista de ciencia sociales, 6, 87-98 pp.
- Kroeber, A. (1948). Anthropology. New York.
- Kovel, J. (2005). El enemigo de la naturaleza. ¿El fin del capitalismo o el fin del mundo? Buenos Aires: Asociación Civil Cultural.
- Leakey & Levin (1998). La sexta extinción El futuro de la vida y de la humanidad. Barcelona: Tusquets Editores
- Lenin, V.I. (1975). El imperialismo, fase superior del capitalismo. Pekin: Ediciones Lenguas Extranjeras
- Lince, W. (2016). Construcción de la línea problemas rurales y ruralidades (documento de trabajo). Inédito
- Lince, W. (2017). Aspectos básicos para interrogar la condición de campesino: Aportes sociológicos al concepto. Inédito
- Lotta, R (2013). Sobre la "fuerza impulsora de la anarquía" y la dinámica del cambio. Un agudo debate y urgente polémica: La lucha por un mundo radicalmente diferente y la

- lucha por un enfoque científico de la realidad. Recuperado de: Periódico Revolución / revcom.us. Noviembre de 2013
- Machado, A. (2002). De la estructura agraria al sistema agroindustrial. Bogotá: Universidad Nacional.
- Marx, C. (1975 a). Prólogo a la contribución de la crítica de la economía política. En: Obras escogidas en tres de Marx y Engels, Tomo I. Moscú: Progreso
- Marx, C. (1975 b). Crítica al programa de Gotha. En: Obras escogidas en tres de Marx y Engels, Tomo III. Moscú: Progreso
- Marx, C. (1975 c). Proceso de trabajo y proceso de valorización, cap. V. En: El Capital: Crítica a la economía política. Tomo 1. México: FCE
- Marx, C. (1975 d). Capital constante y capital variable, cap. VI. En: El Capital: Crítica a la economía política. Tomo 1. México: FCE
- Marx, C. (1975 e). Cómo se convierte la ganancia extraordinaria en renta del suelo. Sección sexta. En: El Capital: Crítica a la economía política. Tomo 3. México: FCE
- Marx, C. (1975 f). La llamada acumulación originaria, cap. XXIV. En: El Capital: Crítica a la economía política. Tomo 1. México: FCE
- Marx, C. (1975 g). Maquinaria y gran industrial, cap. XIII. En: El Capital: Crítica a la economía política. Tomo 1. México: FCE
- Marx, C. (1975 h). La mercancía, cap. I. En: El Capital: Crítica a la economía política. Tomo 1. México: FCE
- Marx, C. (1975 i). Producción, consumo, distribución, cambio (circulación). En: Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Borrador) 1857-1858. México: Siglo XXI Editores.
- Marx, C. (1975 j). La acumulación y la reproducción a escala ampliada, Cap. XXI. En: El Capital: Crítica a la economía política. Tomo 2. México: FCE
- Marx, C. (s.f). Miseria de la filosofía: respuesta a la “filosofía de la miseria” del señor Proudhon. Moscú: Ediciones Lenguas extranjeras.
- Marx, C. (1976). Salario, precio y ganancia. Pekín: Ediciones Lenguas Extranjeras
- Mazoyer, M. & Roudart, L. (2010). Historia das agriculturas no mundo: Do neolítico à crise contemporânea [tradução de Cláudia F. Falluh Balduino Ferreira]. São Paulo: Editora UNESP
- Norgaard, R. & Sikor, T. (1999). Metodología y práctica de la agroecología. En: Altieri & otros: Agroecología: bases científicas para una agricultura sustentable. Montevideo: Editorial Nordan–Comunidad.
- Redfield, Robert. (1956). Peasant Society and Culture. An Anthropological Approach to Civilization. The University of Chicago Press. <https://archive.org/details/peasantsocietyan030677mbp>.
- Revcom.us (2010, a). Las dimensiones de la emergencia ambiental. Recuperado de: <http://revcom.us/a/199/dimensions-es.html>.
- Revcom.us (2010, b). Por qué el capitalismo no puede resolver la emergencia ambiental. Recuperado de: <http://revcom.us/a/199/capitalism-es.html>
- Saul & Woods (1979). Los campesinos africanos. En: Shanin (Edit): Campesinos y sociedades campesinas. México: FCE
- Sevilla, E. (2009). La agroecología como estrategia metodológica de transformación social. Recuperado de: <http://agroeco.org/brasil/material/EduardoSevillaGuzman.pdf>.
- Sevilla, E. (2006). De la sociología rural a la agroecología. Barcelona: Icaria
- Shanin, T. (1979) (compilador). Campesinos y sociedades campesinas. México: FCE
- Smith, A (2010). La riqueza de las naciones. Buenos Aires: Editorial Aguilar.

- Schmidt, A. (1979). El concepto de naturaleza en Marx. México: Siglo XXI Editores.
- Smith, T. (1940). Sociología de la vida rural. Buenos Aires: Bibliografía Argentina.
- Sorokin, P. A. & Zimmerman C. C. (1929): Principles of rural-urban sociology. New York, Henry Holt.
- Tocancipá-Falla, J. (2005). El retorno de lo campesino: una revisión sobre los esencialismos y heterogeneidades en la antropología. Revista Colombiana de Antropología, (41), enero-diciembre, 7-41.
- Van Der Ploeg, J. D (2010). Nuevos Campesinos. Campesinos e Imperios alimentarios. Barcelona: Icaria Editorial.
- Vega Cantor, R (2012). Capitalismo y despojo: perspectiva histórica sobre la apropiación de bienes y saberes. Buenos Aires: Impresol Ediciones
- Wallerstein, I. (2005). Análisis de sistemas-mundo. Una introducción. México: Siglo XXI Editores.
- Wolf, E. (1971). Los campesinos. Recuperado de http://resistir.info/livros/eric_wolf_los_campesinos.pdf

Nota:

ⁱ Resultado de la investigación “Prácticas y concepciones de la Agroecología: una mirada crítica al oriente antioqueño”. Universidad de Antioquia, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Departamento de Sociología.